



Un círculo rojo

Marta Sollima

Revisaba con curiosidad el archivo de Letizia, mi abuela, para desenterrar algunos negativos. “Una vez que los hayas encontrado, guárdalos en esas carpetas y no los mires”, me decía. Me pedía así que exhumara esas misteriosas “cintas” negras, sin descubrir con la ayuda de un aparato qué imágenes contenían en su interior.

Tras haber terminado mi trabajo, ella las vería en soledad, para reconsiderar algunas tomas del pasado. Cuando una foto le parecía interesante, tendía a marcarla con un círculo rojo directamente sobre el papel. Fue en esa ocasión cuando conocí por primera vez el pudor de una fotógrafa: no le gustaba la idea de que alguien pudiese ver y evaluar sus trabajos inéditos, las tomas que no había seleccionado hasta entonces.

Negarme cualquier contacto visual con el misterio escondido en esos negativos me evoca recuerdos de impaciencia: decenas de papeles apilados en archivadores azules, de los que conocía sólo los epígrafes y que contenían innumerables episodios de crónica cotidiana, como derrumbes de casas, homicidios de madres y esposas, retratos de artistas, lugares desoladores.

En la película *Blow-Up* (1966) de Michelangelo Antonioni, el protagonista David Hemmings descubre haber fotografiado accidentalmente un homicidio sólo tras ampliar una de sus tomas. En las fotos de mi abuela eso hubiera sido imposible. La brutalidad con la que se presentaban los crímenes de la mafia no dejaba espacio a delitos susurrados, que pudieran ser revelados al estilo *Blow-up*. Las fotos de Letizia, incluso las más delicadas, se reconocen por ser directas, desconcertantes, no mediadas.

Después de su fallecimiento, también a Matteo y a mí nos tocó marcar con rotulador rojo algunas fotos en las hojas de contacto. Mientras marcábamos, dudé. Aunque estaba completamente segura de las fotos que habíamos elegido, su pudor se había convertido en el mío.